Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno

He tratado de inculcarles... la dignidad del hombre eterno, que es siempre alumno de la vida.

O. C., VII, 941

Es difícil sustraerse a la atracción y al embrujo, a la desilusión y al desencanto, y, finalmente, a la irritación que nos produce la lectura actual de Unamuno. Nos induce como cierta alteración su presencia inruborosa vibrando toda entera, machaconamente, en cada frase, su afán de decirlo todo, su pasar de lo humano a lo divino, su saltimbanquismo intelectual. Nos fuerza a recurrir a justificaciones de valentía, de audacia o de una lógica subyacente y desbocada a la que de seguro no le gustaría ser adscrito. No digamos si de la lectura pretendemos escribir algo sobre su pensamiento. Entonces, su yo total se yergue como un muro, nos bloquea todos los accesos, obligándonos a hablar, como sea, antes de él, o al menos con él, y en él. Sería más fácil hablar *desde fuera* de él, enfundando su pensamiento *protoplasmático* en categorías previas o más «actuales» esgrimiendo la razón de clarificarlo y hacerle venir más acá de sí mismo. Pero, ¿sería ya, entonces, el pensamiento de Unamuno?

De ahí la paciencia que es siempre necesaria para leer escritos sobre Unamuno. Nos parece preferible volver a él, aunque haya que aguantar de continuo la cantinela de su yo. Esa cantinela que, como en los grandes autores, dice siempre la misma canción y que el Unamuno maduro bautizó con el título *del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.* Y desde ella buscar, como aconsejable, un cierto distanciamiento entre el yo de Unamuno y lo que, en él, se puede decantar como su posible pensamiento objetivado, al margen, en cuanto quepa, de lo que él mismo nos diga sobre ese pensamiento. ¿Es esto posible?

En cualquier caso, parece que es por este camino de una buscada objetivación, con el esfuerzo distanciador que ello supone, como se vienen haciendo los mejores estudios sobre su producción literaria. En la amplísima bibliografía unamuniana se ha ido lentamente ganando terreno para esa objetivación, prescindiendo bastante de los recovecos y gritos de sus crisis personales, ya casi saturados de exégesis, para ver y analizar lo que son y pueden significar en sí sus obras hechas, sus creaciones. Después de todo, tampoco tendría mucho en qué disgustarse aquí su yo, dado que él mismo repetía que su yo era su obra. Ello no quiere decir que se evite la contextualización personal de sus obras escritas. Lo que trata de evitar ese método es que se tome el contexto como pretexto para seguir quedándose con el yo, sin pasar a las teorías o verdades o estructuras de doctrina en que se ha expresado, sabiéndolo o ignorándolo. Como todo verdadero autor, Unamuno es una unidad que se va haciendo en proceso de identificación, de esencialización de sí mismo a una con su pensamiento. Esa unidad esenciada es su obra, y no tenemos otra cosa a qué atenernos.

Algo de esos puntos va como presupuesto en este leve intento de acercarnos a la razón educativa de Unamuno, al partir de una referencia global a su pensamiento y pasando por el examen de su novela *Amor y Pedagogía.* El pedagogo que fue Unamuno es hijo de su vida y de su obra y en ese contexto ha de situarse su doctrina educativa por encima de su Antipedagogía visceral.

I. Serse y serlo todo

En el universo conceptual unamuniano la noción básica consiste en afirmar que todo ser es un conato o afán inquebrantables de perduración. No es posible silenciar este lugar común de su pensamiento, del que todo nace y al que todo vuelve. Tópica es también la referencia de Unamuno a Espinoza para reforzar su punto de partida: «Todo ser consiste en un conato de perseverar en su ser». Y ese conato es la esencia real de todo lo que es. En el hombre ese afán y ese conato se concretan en el deseo y la inquietud por la inmortalidad. Lo que define al hombre es su deseo de ser inmortal, de durar siempre. Esa es la razón o causa de todo su actuar y, por ende, también la causa o razón del filosofar. Unamuno multiplica las formas de expresión y denominaciones de esta esencia: ansia de no morir, hambre de inmortalidad, anhelo de permanencia, sed de eternidad, etc. Ser en plenitud consciente consiste en ver y sentir y aceptar esa nuestra esencia. De ahí brota el empeño de ser cada vez más, de ser uno y lo otro, de ser uno mismo y, a la vez, todos los demás. ¡Serse y serlo todo, inacabadamente, por siempre y para siempre! Es imposible y absurdo poder concebirnos como no existiendo, sin ese empeño de constante esencialización. «Más, más y cada vez más; quiero ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme en la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo...» «¡Ser, ser siempre, ser sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más! ¡Hambre de Dios! ¡Sed de amor eternizante y eterno! ¡Ser siempre! ¡Ser Dios! [1]

De rechazo y por oposición, el principio de la sabiduría es el temor a la muerte *initium sapientiae timor mortis.* [2]

A Dios, si hemos de connotarlo de algún modo, habrá de ser como el inmortalizador, «el productor y garantizador de nuestra inmortalidad», [3] ya que si no es tal, «¿para qué Dios?» [4]

Sobre esta vertical de la cosmovisión o sentimentalización del universo unamuniano, se asienta otra horizontal que la quiebra, rompe o pretende sencillamente anularla. Según Unamuno, la inmortalidad viene exigida y anhelada por el sentimiento, la fe, el corazón o la vida. Pero la razón, la ciencia, el conocimiento en general niegan la posibilidad del cumplimiento de esa misma inmortalidad, de esa esencialización. El hombre está escindido en esa dualidad radical. Los polos de ese dualismo se llaman, a veces, Razón y Fe, pensamiento y sentimiento, y el escape o discurrir respectivo de

[1] Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos *(1913), O. C. XVI, 166-167*
[2] Ibid., *XVI, 235.*
[3] Ibid., *XVI, 216.*
[4] Ibid., *XVI, 131.*

esas dos líneas son tiempo y eternidad, historia e intrahistoria, finitud e infinitud, lógica y sinrazón. A veces hay un vislumbre de la posible unidad originaria previa a esa escisión y se apunta a ella por encima o por debajo de esa dualidad descrita y analizada. Pero no se pasa de ahí a requerir justamente la razón de la sinrazón, el por qué mismo del montaje dual y su absurdo contrapunto de juego trágico.

> Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.
> . . . . . .
> Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.

Pero ese vislumbre no conduce en la teoría de Unamuno más que a esta conclusión: «esculpamos, pues, la niebla». [5] El racionalismo exacerbado, lo mismo que el racionalismo miedoso, conduce al irracionalismo innecesario, que no sabe *ampliar la razón* para analizar el vacío o el contenido de la razón desiderativa.

Sea de esto lo que quiera, pues no es aquí la cuestión, el hecho es que este punto de partida ha favorecido para que siempre se haya considerado a Unamuno, y él mismo lo proclamará gustosamente, como radicalmente «asistemático». Naturalmente, no todos han caído en la facilidad de confundir un enhebramiento pulcramente lógico y técnicamente elaborado con la verdadera unidad sistemática según la cual todas las partes tienen relación de circuminsesión e interdependencia con el todo. Cuando en el discurrir unamuniano se admiran y alaban pensadores sistemáticos, como Platón o Espinoza o Hegel, no se hará por su conocido sistematismo sino por la intuición originaria que lo nutría y alimentaba. Hay ahí, con todo, en ese mismo discurrir y discutir de Unamuno, pilares permanentes y bien sentados, unas bases y unas coordenadas desde las que se pueden prever, a priori, los itinerarios que, sobre un problema dado, se van a transitar. Y en esa trabazón profunda de las partes con el todo, del pensamiento incoado con los pensamientos elaborados y plenamente expuestos, está el sistema. Por eso se ha podido decir con razón que Unamuno es «implacablemente sistemático» (Zubizarreta). Y aunque su pensamiento recurra al paradojismo y se enmascare de una pretendida arbitrariedad, está siempre presidido y tejido de una indiscutible sistematicidad. Unamuno quería dejar que surgiera algún «unamunista» que decidiera sobre la cuestión; pero en el fondo sabía muy bien a qué atenerse y sabía salir al paso para defender su constancia y fidelidad a unos «principios fundamentales». Un testimonio precoz y bien significativo sobre el tema podría verse en la carta que desde Marburgo le mandó Ortega a propósito de la *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905). Entre otras cosas, en ella le dice textualmente: «Estoy trabajando en reconstruir su Idea en sistema (rabie!) y cuando lo haya logrado se lo remitiré a V. con mi crítica.» [6] Al discurrir unamuniano le complacía y acaso incluso le interesaba mostrar siempre su Idea como *in statu nascentis,* como *desplacentándose,* que diría él. En la obra de Unamuno, no está sólo el hombre de carne y hueso; está también el sistema implícito o explicitado en ocasio-

[5] Credo poético, *en «Poesías» (1907), O. C. XIII, 200-201.*

[6] *En carta a Francisco Cossío (24-X-1914, O. C. XVI, 16-17) dice Unamuno textualmente: «Podría demostrar que nadie ha sido en España más fiel que yo a sus principios fundamentales, a sus ideas centrales (que son pocas). El juego dialéctico de mis contradicciones no ha hecho sino corroborar esa unidad fundamental». El texto completo de la carta de Ortega puede verse en* Revista de Occidente *19, 1964, p. 9 y ss.*

nes; está, en cualquier caso, siempre presente y con «armonía preestablecida». Acaso, él mismo fue esclavo y esclavizado por su posición inamovible de principios y por su atenimiento tozudo e indiscutido a los mismos.

La doctrina unamuniana sobre la educación acusa y refleja muy marcadamente esa fidelidad a sus principios. Tal vez por eso, se nos antoja hoy un tanto limitada y reiterativa. Pero ahí está también su riqueza y su fuerza de permanente actualidad. Porque, prescindiendo de técnicas, modos y modas pedagógicas, iba derecha a lo esencial: a ver y describir las formas y maneras de ser y hacerse «nada menos que todo un hombre».

II. La rechifla pedagógica

Desde el inicio de su vida intelectual se ocupó y preocupó Unamuno con el tema de la educación. Y en cuanto tuvo listo el argumento, lo plasmó en su conocida novela *Amor y Pedagogía* (1902). Ya en el título, como ocurre con tantas obras que llevan su «y» en él, nos viene adelantado el contenido: El amor es la verdadera pedagogía. «Y» significa «igual a...». No obstante para que en el Amor se vea cifrada toda la pedagogía, Unamuno pondrá en juego y a prueba todos los lugares más cultivados de su pensamiento. Porque se trata de hacer ver cómo el amor está radicado en la vida, y es educativo cuando nos hace tener más vida, cuando es emergencia frontal y consolidación de la vida misma. Para ello Unamuno, da el largo rodeo de esta novela.

Amor y Pedagogía es ante todo una rechifla, una burla a conciencia de lo que en tiempo de Unamuno entendían algunos por Pedagogía científica. En realidad, es una caricatura grotesca y tragicómica de lo que podía significar la aplicación pazguata y cerril del cientifismo a la vida. Pero en el cañamón de la rechifla se siembran y enhebran temas de más hondo calado.

Don Avito es el padre-pedagogo que quiere hacer de su hijo Apolodoro un «genio» a base de aplicar en él las recetas de Pedagogía sociológica. Es un personaje serio, formal y, en su fanatismo por la «ciencia», perfectamente estúpido. La burla que, a cada paso decisivo, le juega la vida es mordaz y cruel y la risa sardónica que le hace en cada guiño se torna en sarcasmo porque en el ridículo y la idiotez se entremezclan lo sentimental y lo trágico. Sobre la ingenuidad de Don Avito, que cree a pie juntillas en la eficacia de fórmulas cientifistas para hacer del hombre el tipo ideal del genio, cae implacable la vida, trastocándole todos los planes, envolviéndole y arrastrándole a él mismo a reconocerlos como fallos y fracasos, y obligándole a confesar con remordimiento: «¡Caíste, Avito, caíste!...» El fracaso total se consuma cuando Apolodoro, el hijo que tenía que ir «científicamente» para genio, se le suicida porque no ha sabido afrontar la vida, estar a la altura de los retos de su entorno social, a ser fuerte y valiente ante los encuentros y contratiempos del oleaje de la vida, sin más áncoras y amarras que la docilidad y sumisión y adaptación que le predicaba el saber puro, la pedagogía sociológica y la más huera filantropía.

El entramado novelístico tiene, naturalmente, más planos e intenciones. Don Avito que al inicio de la narración es soltero y enamorado del progreso y de la sociología —que «anda por mecánica, digiere por química y hace cortar el traje por geometría proyectiva»— decide hacerse padre y para ello buscar mujer «a él y a su obra adecuada» para

casarse con ella y tener un hijo «en quien implantar su sistema de pedagogía sociológica y hacerle un genio». Estudiados los caracteres «fisiológicos, psíquicos y sociológicos» que ha de tener la futura madre, Don Avito Carrascal pone sus ojos en Leoncia Carbajosa, «sólida muchacha dólico-rubia, de color sano, amplias caderas, turgente y levantado pecho..., voz de contralto y regular dote». Para declararse redacta un informe con reposados argumentos que derivan de la «teoría científica del matrimonio», pues quiere casarse «deductivamente». Repasado y corregido el informe-declaración se dirige a la casa de Leoncia para iniciar ese futuro. Y hete aquí que con Leoncia está ese día Marina del Valle, a quien Leoncia presenta como una «casi hermana». Don Avito se encuentra de súbito con que «los tersos ojazos de Marina se orientan hacia los suyos y que desplegando la boca se pone a oirle con todo el cuerpo y con toda el alma». Aturdido Don Avito, sin saber qué le pasa, preguntándose para sí dónde había visto antes a esa mujer sabiendo que no la había visto nunca, no acierta a ligar las ideas y... oye una voz interior que canta loas a Marina: «¡Alma primitiva, protoplasmática, virginal! ¡Corazón inconsciente!» Y siente que su corazón empieza a martillearle aceleradamente. Está echada y ganada la primera jugada de la vida, a la que seguirán otras y otras...

Discurriendo, después, sobre el encuentro Don Avito descubre que «ha entrado en juego el Inconsciente», se dispone a dormir, y al despertar tiene ya la certidumbre de que está enamorado de Marina. «Háselo dicho el sueño». El que pensaba casarse por matrimonio «deductivo», se ha despeñado desde las excelsas cimas de la deducción «a los profundos abismos inductivos». La deductiva Leoncia, dólico-rubia, cede su puesto interior a la inductiva Marina, braquimorena, «sueño hecho carne». Todo por la fuerza del Inconsciente. Y Don Avito que escucha dentro el ronroneo de la deducción —«que caes, Avito, que marra la ciencia, que caes»—, lo acalla y decide casarse con Marina. Ella pondrá la Materia, y la Forma del genio la pondrá él. Y cuando le habla en estos términos a Marina, la Materia no hace más que repetir: «¡qué ideas, qué ideas!»

—¿Ideas?, replica la Forma. «Mi idea eres tú, Marina».

Así comienza el advenimiento del genio... Marina tendrá que gestar y alimentarse y dar a luz conforme a las prescripciones de la ciencia; tomar alubias —«fósforo, mucho fósforo»—, escuchar música, biografías de los grandes genios, ver museos... Y al irse pasando los días y acercando el día,

> La pobre Materia siente que el Espíritu, un dulce espíritu material, va empapándola y como esponjándola... Cántale la Humanidad eterna en las eternas entrañas del alma.

Marina es la Materia y su nombre viene de mar, los dos mejores términos para simbolizar el subconsciente. Hablando de este dato esencial y de la materialidad irracional en que anidará y será acunado el niño, dice Blanco Aguinaga que *Amor y Pedagogía* es «la obra más importante que dentro de este tema ha escrito Unamuno». Y el hecho de constatar que ha entrado en juego el subconsciente, es nada menos que «la verdad inevitable de la novela» y en donde «se originan todos los hechos, trágicos y grotescos, de tragedia y de sainete, de la breve existencia del pobre Apolodoro». [7] El nombre de Apolodoro lo decidirá Don Avito, para el niño, después de rebuscar etimologías, mito-

[7] *Blanco Aguinaga, Carlos:* El Unamuno contemplativo. *Laia. Barcelona, 1975; 189, n. 38.*

logías y símbolos científicos para el futuro genio. Marina lo bautizará a escondidas y le pondrá el nombre de Luis. Cuando Don Avito se entera, oye que el demonio familiar le dice interiormente: «Amor y Pedagogía son incompatibles». Esta conclusión podría ser el ritornelo de otros muchos hechos y casos de la novela.

La Forma tratará y cuidará «técnica y científicamente» el desarrollo del niño, mientras la Materia le arrullará suspirando y cantándole el sueño de la vida: «Duerme, duerme, mi niño;/duerme enseguida,/duerme, que con tu madre/duerme la vida/...»

Entretanto ha venido a habitar a la ciudad Don Fulgencio Entrambosmares, el «insondable filósofo» que va a ser el oráculo y «el verbo de Carrascal», ante las dudas que le surjan en la configuración del genio de su hijo. El filósofo dice cosas tan fulgurantes como que el fin de la ciencia es catalogar el Universo para devolvérselo a Dios en orden, que la vida es una tragicomedia en la que cada uno tenemos nuestro papel y el Apuntador nos guía, el gran Tramoyista que maquina todo esto... Y Don Avito queda boquiabierto y va y viene, marcha y vuelve rumiándolas. Y cuando le plantea dudas concretas sobre la conducta de Apolodoro, pidiéndole qué debe hacer, el filósofo siempre le contesta: «Déjale, déjale, ...»

Y sobre esta respuesta viene a estribar una de las conclusiones básicas de la Antipedagogía pedagógica de la novela:

—¿Dejarle?
—¡Sí, dejarle! ¿Ha sido Vd. alguna vez niño, Carrascal?
—No lo recuerdo al menos...
—Aquí, aquí está todo. ¿Usted no recuerda haber sido niño, usted no lleva dentro de sí al niño, usted no ha sido niño, y quiere ser pedagogo? ¡Pedagogo quien no recuerda su niñez, quien no la tiene a flor de conciencia! ¡Pedagogo! (II, 483).

Marina queda de nuevo encinta y da a luz una niña que se llamará Rosa. Como Don Avito Carrascal piensa que una mujer no va a ir para genio, no se cuidará mayormente de ella. Pero con respecto a Apolodoro los interrogantes se le irán agolpando al hilo del propio desarrollo. ¿Y si sale a su madre? ¿Puede la pedagogía transformar la materia prima? ¿No fue un disparate ceder al amor? ¿No será el amor el pecado original, la mancha original de mi hijo? «¡Oh, qué simbolismo más hondo encierra eso del pecado original...! Tal vez como un torpe impulsivo he sacrificado mi hijo al amor, en vez de sacrificar el amor a mi hijo». Todo este revoltijo de preguntas, razones y sobresaltos, que acosan, agobian y enervan a Don Avito le llevan a concluir que el amor y la razón se excluyen, a la vez que le dejan flotando un interrogante mayor y más hondo: ¿no habrá pedagogía del amor o amor pedagógico?

Apolodoro, como resultado de que la ciencia eduque a la Naturaleza, va a ser en parte *repetición* de su padre. Sólo en parte, precisamente, porque Don Avito Carrascal era huérfano (II, 870) y Apolodoro, aparte de su padre, tiene la presencia de su madre, que es eco y pálpito de lo interno-externo, en inextricable dialéctica.

Llegada la juventud Apolodoro se enamora de Clarita, de juguetones ojos, de ojos persuasivos y educativos y pedagógicos. Y con el amor, el mundo adquiere solidez y sentido.

Empieza la Humanidad a cantar en él... Revélasele la eternidad en el amor; el mundo adquiere a sus ojos sentido, ha hallado sendero el corazón, sin tener que galopar a campo traviesa.

El ruido de la vida empieza a convertírsele en melodía... Toca la substancia de las cosas, su tangibilidad por el tacto espiritual; le es ya el mundo de bulto, macizo, sólido, con contenido real. Esto es lo único que no necesita demostrarse, que se demuestra por sí. (II, 521-522)

Siente Apolodoro rechazo y pena por su padre y ternura por su madre. Pero algo se define como perfectamente claro: su problema real es Clarita. Respondiendo a su dimensión paterna de análisis intenta «literaturizar» ese amor; pero la realidad no se ahuyenta literaturizándola. Lo que en su padre fue un informe de declaración de amor, será aquí una novela que envuelva en un relato sentimental el amor a Clarita. Clarita tiene otro pretendiente, y Apolodoro piensa contrarrestar el influjo que pueda ejercer sobre ella con ese manifiesto de valía y de cariño. En el asalto del amor, Marina había sido para Avito Carrascal su *idea;* ahora, cuando Apolodoro encuentra a Clarita, le dice:

—«Tú, tú eres la verdadera Pedagogía, mi pedagogía viva...»

A pesar de todo, triunfa en Clarita el otro pretendiente, que se llama Federico. La novelita poetizada que Apolodoro le ha enviado, como fruto de su amor, ni siquiera la lee. Gana, en cambio, Federico porque acomete, no se para en barras, la abraza, la besa furiosamente en la boca, y el corazón de Clarita dice con desmayo y resolución a la vez: «¡Este es un hombre! ¡Pobre Apolodoro!».

A partir de ahí, a Apolodoro comienza a rondarle y acosarle el intento de «dimitir de la vida», de suicidarse. Los consejos de los amigos a ser valiente, a provocar a Federico, a ganarlo en el envite, no consiguen otra cosa que ponerle más en ridículo. También acude a Don Fulgencio, como lo había hecho ya otras veces llevado por su padre. Y Don Fulgencio ahonda su herida, al criticarle también la novelita, y sobre todo al aprovechar la ocasión para derramar sobre él sus propias inquietudes íntimas, más hondas que su cháchara filosófica y magistral. La raíz de todas estas inquietudes es la pérdida de la fe en la inmortalidad, y sus versiones repiten las formas de ese anhelo de pervivencia y la convicción de que la vida es sueño.

... Y los que te digan que esto no les preocupa nada, o mienten o son unos estúpidos, unas almas de corcho, unos desgraciados que no viven, porque vivir es anhelar la vida eterna (II, 543).

La secuencia última del discurso de Don Fulgencio es la recomendación de un menguado sustituto de la Inmortalidad: «¡Ten hijos, haz hijos, Apolodoro, haz hijos!». En el diálogo, casi penúltimo, que Apolodoro tiene con su padre, se revela el desprecio delator de los fines educativos que se había propuesto para su hijo. Don Avito dirá que esos fines y sus ilusiones no las había concebido él, sino la ciencia, a la que «nos debemos todos». No engendró a su hijo para que fuera feliz, sino para la entrega a la ciencia, así el hombre no es para sí mismo sino para la Humanidad. A lo que Apolodoro replica: «¿La Humanidad? ¿Y quién es esa señora?»

El «haz hijos» de Don Fulgencio, Apolodoro lo cumple con Petra, la sirvienta, a quien deja embarazada. Y cuando en un último intento el padre tiene de nuevo una conferencia con el hijo, queriendo hacerle comprender que mientras no se elimine el amor no se puede hacer eficaz la pedagogía, Apolodoro le contesta casi con las mismas palabras que el demonio familiar había dicho anteriormente a Don Avito: «¿Y por qué no hacer del amor mismo pedagogía, padre?»

Rosa, la hermana, cada vez más enteca, cae enferma y al poco tiempo muere. Apolo-

doro discurre y prepara el modo de suicidarse. Lo de Petra le avergüenza y es un empujón más para acelerar la dimisión de la vida. Una forma más de unir el amor con la muerte. Por fin, Apolodoro se ahorca en su habitación. Al descubrirle padre y madre, la Forma y la Materia, exclaman: «¡Hijo mío!». Pero la Materia abraza después a la Forma y le dice la misma expresión: «¡Hijo mío!». El pobre pedagogo cae desfallecido en los brazos de su mujer gimiendo: «¡Madre!». Y la novela concluye con estas inesperadas palabras: «El amor había vencido».

En el epílogo que añade Unamuno para alargar el espacio escrito de la novela sin tener que retocar o cambiar el desenlace, hay dos cosas que parecen dignas de anotar: primera, en el fondo todos los personajes que tuvieran que ver con Apolodoro se sienten algo víctimas de remordimiento ante su suicidio. Y segunda, cuando Don Avito se entera del estado de la criada, Petra, se siente abuelo, la consuela con dulzura y cae de nuevo en su manía pedagógica: «Tu hijo será el hijo de nuestro hijo». «Le educaré yo, yo sólo..., y éste sí que saldrá genio, le haré genio, aplicándole con toda pureza mi pedagogía».

De esta suerte el final es de nuevo el comienzo y la «titerera pedagógica» (II, 582) continúa.

III. Novela autobiográfica

Todas estas novelas de Unamuno son autobiográficas y, por ello, no será decir nada aplicar a ésta ese mismo adjetivo. En la mayoría de los novelistas ocurre otro tanto, como ocurre también en autores de obras de otros géneros literarios. Si aplicamos ese adjetivo a esta novela es para situar su punto de arranque, su temprano tiempo de maduración y subrayar, a la vez, la confluencia en ella de todos los puntos claves que serán en adelante la sistemática mental de Unamuno. En un primer proyecto embrión, la novela se iba a titular *Todo un hombre,* según carta de Unamuno a J. Ilundain (19-X-1900). Con todo, el argumento no tiene mucho que ver con el relato novelesco de 1916, *Nada menos que todo un hombre,* en el que el nuevo rico, afortunado y bravucón Alejandro —«todo un hombre»— se convierte en el hombre que hace el amor de Julia, su mujer: «Nada más que tu hombre..., el que tú me has hecho» (IX, 517). El parecido podría estar en que todo cambio en el hombre, y todo auténtico hacerse hombre es fruto del amor. La expresión de Clarita sobre Federico —«¡Este es un hombre!»— tampoco podía caracterizar la novela de *Amor y Pedagogía.* El título de la novela cambia porque cambia y se amplía el argumento. Ya no es un disfraz del dilettantismo intelectual, es un ataque directo a la triunfante, sabelotodo y mal aplicada Pedagogía. Estudiando los proyectos de novelas de Unamuno y su realización se ve hasta qué punto los personajes se le iban imponiendo a Don Miguel de Unamuno hasta rebelársele ante un posible cambio. El caso de Augusto Pérez, de *Niebla,* es ejemplar, pero no es el único. Lo que es sintomático es que el autor tenga incluso que hacerse cargo de esa rebelión, y buscarle una explicación teórica. Sabido es que Unamuno fue Pirandello antes de conocerlo. Los personajes le piden que los cree, que les dé vida; pero después buscan razones para que no se la quite. (Véase *Pirandello y yo,* del mismo Unamuno.) Con su lógica interna, los entes de ficción siguen viviendo en el creador mucho más allá del relato novelesco en que adquieren consistencia. Incluso evolucionan, como es

el caso de Don Avito al aparecer de nuevo en *Niebla* (II, 870). Buscan autor, pero después son autónomos y van por libre.

Yo diría que *Amor y Pedagogía* nace como argumento posible ante el hecho de tener que renunciar Unamuno al proyecto de educar él mismo y solo a sus hijos, tal como había *imaginado* hacerlo antes de casarse. García Blanco pone datos por lo que se muestra que Unamuno puso en esta novela «jirones de su propia intimidad» (II, 26). Se citan ahí, entre otros, las exclamaciones de «¡Hijo mío!» y «¡Madre!» del infeliz pedagogo y su mujer que corresponden a la honda vivencia de Unamuno en la crisis de 1897 en la que esas mismas exclamaciones brotan del alma de su mujer Concha y del propio Unamuno. La carta que no cita García Blanco a este propósito es la del 8 de diciembre de 1890, dirigida por Unamuno a su querido Juan, en vísperas de su boda y en la que nos da el haz de vivencias, propósitos y teorías a las que, más tarde y en gran parte, tendría que renunciar: él será el educador exclusivo de sus hijos. Tiempos después nos vendrá a repetir reiteradamente que los padres no pueden ser los solos educadores de sus propios hijos. Antes ya de casarse Unamuno descubría en sí un extremado y tierno amor hacia los niños. Lo vivió y conservó siempre. En la referida carta dice, entre otras cosas:

> El día en que yo tenga hijos, si los tengo algún día, no irán a Colegios, yo les enseñaré todo lo que sé y hasta lo que no sé. Yo les haré dibujos, yo mismo escribiré lo que han de leer: cuentos, lecturas, explicaciones, todo.
>
> ... Ve y di que se puede enseñar una lengua... y enseñarla más doctrinal, más científica que con gramática, caen sobre ti todos los maestros de escuela, verdugos de la niñez, sacos de gramática ramplona, ganapanes de la educación, toda esa plaga que, con la mejor intención del mundo, están haciendo un mal irreparable...
>
> Ahora creo que hacer un hombre es la obra de arte más delicada y gloriosa... No sabes las ganas que tengo de coger un niño por mi cuenta, desde que nace, sin que nadie pueda ponerme trabas, y hacerlo yo, enseñarlo yo, a querer, a sentir, a pensar. [8]

Aunque envuelto en el ropaje grotesco por cientifista, eso mismo era lo que Unamuno hará decir a Don Avito. Pero, ¿cómo se enseña a querer, a sentir y a pensar sin que se interfiera la vida, es decir, los otros, los encuentros, la sociedad y, sobre todo, la madre? También la vida se encargará de dar su bella lección al novato aspirante a pedagogo Don Miguel de Unamuno. Cuando escribió *Amor y Pedagogía* (1902), ya tenía años de experiencia de la paternidad. El primer hijo lo tuvo el 3 de agosto de 1892. En 1901 tenía ya seis hijos e iba para el séptimo. Además, en 1896 le había nacido el hijo que sería una dura prueba para el Unamuno padre: Raimundín. A los pocos meses de nacer sufre una meningitis y empieza a desarrollársele una hidrocefalia, que le sentencia indefectiblemente para una pronta muerte.

> Duerme, flor de mi vida,
> duerme tranquilo,
> que es el dolor del sueño
> tu único asilo.
>
> . . . . . .
>
> Pronto vendrá con ansia
> de recogerte
> la que te quiere tanto
> la dulce Muerte.

[8] *Clásicos Exito, vol. XX,* Literatura epistolar, *pp. 61-65.*

Unamuno tuvo que meditar recia y enamoradamente en la paternidad y en lo que pueden y no pueden los padres. En uno de sus monólogos se le escapa a Don Avito esta disquisición, a cuya primera parte ya aludimos: «Padre y maestro no puede ser; nadie puede ser maestro de sus hijos, nadie puede ser padre de sus discípulos; los maestros deberían ser célibes, neutros más bien, y dedicar a padrear los más aptos para ello; sí, sí, hombres cuyo solo oficio fuera hacer hijos que educarían otros, dar la primera materia educativa, la masa pedagogizable» (II, 846). Don Avito hiperboliza la vivencia de Unamuno, alargando las consecuencias de que «el amor y la razón se excluyen». Pero, ¿no se excluyen también el amor y la razón en el engranaje teórico de Unamuno? Incluso se puede apelar aquí al lenguaje como delator. Unamuno siempre pedirá *maestros* en oposición a pegagogos. Y aquí Don Avito habla todavía de Maestros. En el bello retrato de abnegación y entrega que hace Unamuno de Don Casiano, en *El Maestro de Carrasqueda,* nos dirá de él que «Dios no le dio hijos de su mujer; pero tenía a Carrasqueda todo y allí había derramado su espíritu» (IX, 184).

Cierto que Unamuno seguirá manteniendo siempre que «no debe llamarse padre al que se limita a engendrar y hacer venir al mundo al hijo, sino al que le cría y educa y pone en condiciones de valerse por sí mismo» (III, 919; V, 871; etc.). Pero al primerizo afán de enseñarle él todo, le ve inmediatamente la privación que supondría la falta de la «educación social», la que se adquiere en el roce y trata con sus compañeros. [9] Es también esa razón la que mueve a Don Avito a mandar a Apolodoro a la Escuela (II, 488). Pero acaso la mayor razón de la renuncia de Unamuno, se pueda ver explicitada al comprobar y afirmar la dificultad de la relación educativa padre-hijo. El amor del maestro exige otras versiones que no se hallan en el solo amor paterno. La entrega educativa tiene otra raíz que la de la paternidad real. Tal vez haya que extender hasta ahí el alcance de esta conocida cita de Unamuno: «Cada uno es hijo de su día. Y si no logro comprender y apropiarme al que era yo hace veinticinco años, ¿cómo voy a comprender y apropiarme mi hijo?» [10]

«No hay misterio moral como el de las relaciones entre padre e hijos. Es un verdadero misterio, y sólo tomándolo por tal cabe formarse resoluciones a su respecto. Creo que no hay esperanza más absurda que la que ciertos padres novicios abrigan de llegar a hacerse amigos de sus hijos. Veinticinco años de por medio impiden toda amistad. La amistad es, además, complicidad, y el padre no puede ser cómplice de sus hijos» (X, 191).

La apelación a ese misterio moral no puede reducirse al estrecho punto de mira puesto en el tiempo. Va más allá, al igual que ese límite temporal no existe cuando no media en él la paternidad. Porque ella es la raíz de ese misterio en que va transida la relación padre-hijo.

El alcance de la rechifla pedagógica va todavía más allá. Va a la provocación de la antipedagogía. «Nuestros hijos conocerán la antipedagogía.» [11] Y justamente ésa es la

[9] Cartas inéditas de Unamuno. *Edit. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1965; p. 70.*

[10] Cfr. *Aguilera, César:* Pensamiento educacional en Don Miguel de Unamuno. *Calasancia, octubre-diciembre, 1965; 484-485.*

[11] Cfr. *Mengog, V.:* De mis veinte años con Unamuno, *en* Atenea. *Universidad de Concepción, Chile, 1964; 406.*

actitud que Unamuno espera que nazca como réplica al abuso indiscriminado de la llamada pedagogía científica. Nada menos que en un discurso en las Cortes Constituyentes de la República (22-X-1931) llega a proclamar Unamuno: «Donde quiera que el Ejército ha abusado, se ha formado un partido antimilitarista; donde el clero ha abusado se ha formado un partido anticlerical. Nuestros hijos, nuestros nietos, conocerán en España un partido antipedagogista; porque temo mucho a la pedantería de los que nos arrogamos el sacerdocio de la cultura» (VII, 1013).

Felizmente, la pedagogía que denunciaba Unamuno no es la pedagogía que ha ido aprendiendo de los errores de sí misma; no es la pedagogía de hoy, más cauta, más ceñida a la realidad, más «científica», con menos pujos intervencionistas, y, por ello, menos mitologizada en el entusiasmo de sus posibilidades. Sabe que hay que educar en la vida y en la circunstancia individualizada de la misma. Pero puede que no sea todavía inútil apuntar a los defectos que en la pedagogitis de entonces veía Unamuno, para prevenir riesgos y peligros que acechan siempre a las más puras y bienintencionadas teorías pedagógicas.

El primer riesgo es el de que la pedagogía pueda creerse en algún momento como fin en sí. «Yo, señor, apenas creo en la pedagogía, y cuando (veo) cómo ha trastornado los espíritus de no pocos maestros, creo menos en ella. No parece sino que los niños se hicieron para la pedagogía y no ésta para ellos. Los convierte en algo a modo de ranas o conejillos de indias de fisiólogos.» [12] Esto es lo que en la novela viene dicho metafóricamente por la sensación que experimenta Apolodoro cuando su padre le lleva a ver la policlínica del doctor Herrero, y que le va a durar toda su corta vida: «Pobre conejillo, ¡pobre conejillo!» (II, 495; 496).

Unido y derivado de éste está el de substantivarse como método. «Se pierde la pedagogía de ordinario donde se pierde toda disciplina formal, de puro método, y es en desdeñar el para qué de las cosas, atenta sólo al cómo. Lo importante de la enseñanza no es el cómo se ha de enseñar algo, sino el para qué ha de enseñarse. El cómo arranca y deriva del para qué» (VII, 717).

Ello exige, por tanto, que previa a su pedagogía el maestro posea una teoría del hombre y del sentido de la acción, de la conducta, del comportamiento personal y social, en suma, toda una cosmovisión. La insistencia actual en las teorías y recursos para elevar la eficacia de las motivaciones, ¿no tendrá como subsuelo negativo ese olvido del para qué de la educación? Cuando, consciente o inconscientemente se palpa o barrunta la Nada del para qué, su inutilidad, su desfase con la realidad, la educación nunca podrá prender ni ser eficaz, por muy sofisticados y estatistificados que se muestren los supuestos mecanismos de la motivación. Nunca bastarán las fórmulas mecánicas para lo que tiene que ser vital. Y mucho menos cuando se trate de técnicas motivadoras del aprendizaje. Siempre podrá saltar o asaltar al alumno la pregunta de Apolodoro: «¿Y para qué quiero la ciencia si no me hace feliz?»

Nos alargaríamos demasiado si quisiéramos tocar otros puntos de riesgo o fracaso del discurso pedagógico, según Unamuno. Hemos de señalar, sin embargo, la insistencia

[12] *En carta a Vaz Ferreira: 29-V-1907.* Cfr. *Rubio Latorre, R.:* Educación y educador en el pensamiento de Unamuno. *Salamanca, 1974; p. 33.*

en que Unamuno reitera la obligada presencia de la infancia en el pedagogo, la necesidad de cultivar al niño que todos llevamos dentro, para aquellos que pretenden ser educadores. Recordemos la burla de Don Fulgencio a Avito cuando pretendía ser pedagogo habiendo olvidado su niñez, no teniéndola a flor de conciencia (II, 483). Unamuno cuenta entre sus libros dedicados a la Pedagogía *Recuerdos de niñez y mocedad,* «la querida cenicienta de mis obras» (X, 257; 259). Evocar ese pasado es una forma de concienciar como real, como parte de la actualidad, de su ser, ese presente-sido. También hay que prestar atención a la presencia del lazo de contacto con la madre, la Materia que diría Don Avito, el seno nutricio que evoca maternidad y sueño inconsciente. Apolodoro descubre, al querer analizar las razones de su amor a Clarita, que en el subconsciente funcionaba el parecido con su madre, susurrándoselo al oído y en silencio (II, 522). Y finalmente, lo titular y argumental de toda la novela: el amor. El amor como gravitación natural del hombre, y el amor que debe llevar en sí todo pedagogo hacia los educandos. Unamuno nos muestra operando en toda la novela al primero y nos remite a considerar al segundo como base de toda la labor educativa.

Lo que nos traslada al Unamuno sistemático, lo más medularmente unamuniano en la novela, es sin duda la confesión desgarrada de Don Fulgencio, de la que ya hicimos una leve mención. «Vivir es anhelar la vida eterna... ¿Qué soy yo? Un hombre que quiere vivir, vivir, vivir...» Esa es la razón de todo lo que hace y siente, aunque trate de ocultarlo y ocultárselo, a veces a sí mismo, con su careta doctoral: «Aquí me tienes, tragándome mis penas, procurando llamar la atención de cualquier modo, haciendo el extravagante. Aquí me tienes meditando en la eternidad día y noche, en la inasequible eternidad, y sin hijos... ¿Tenemos derecho a la vida? ¿Tenemos deber de morir? ¡Ser dioses!, ¡ser dioses!, ¡ser dioses!, ¡ser inmortales!... Sí, ¡déjame que sueñe!» (II, 543-545).

Se diría que estamos leyendo, anticipadamente, *Del sentimiento trágico de la vida...* Aunque es una novela grotesca, tenía sus motivos Unamuno cuando decía que con lo grotesco se fundían «lo sentimental y lo trágico» y que el autor, mediante los desatinos y absurdos de sus personajes iba «soltando así en broma lo que acaso piensa en serio» (II, 20; 421). En el «prólogo-epílogo a la segunda edición» (1934) añade Unamuno que «en esta novela... está en germen —y más que en germen— lo más y lo mejor de lo que he revelado después en mis otras novelas: *Abel Sánchez, La tía Tula, Nada menos que todo un hombre, Niebla,* y, por último, *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más*» (II, 429).

Por «lo más y lo mejor» que aquí mienta Unamuno podemos entender no sólo el fondo argumental de esas novelas, sino también la cifra de lo que será en definitiva el entramado teórico de su pensamiento, lo que él llamará más tarde «una concepción de la vida misma y del Universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente». [13]

Siguiendo esta alusión, y superando esta andanada contra la Pedagogía, podemos también ver en ese entramado teórico algunas líneas de lo que podría ser la pedagogía real y deseada por Unamuno, su razón educativa.

[13] Del sentimiento trágico..., o. c., *en O. C. XVI, 144. En cierto lugar de esta obra (XVI, 430) recoge Unamuno el pasaje de* Amor y Pedagogía *(II, 471; 508) según el cual «el fin del hombre es hacer ciencia, catalogar el Universo para devolvérselo a Dios en orden», para ridiculizarlo y haciendo cita expresa de la novela.*

IV. Pedagogía dialéctica

Se pone aquí el término dialéctico en un sentido muy amplio y, a la vez, centrado en el punto formal de la contradicción, sin tener en cuenta los términos exactos de la dialéctica hegeliana, ser-en-sí, ser-de-otro-modo y ser-para-sí, con el movimiento interior de la Aufhebung y las mediaciones. Sabido es que el famoso hegelianismo de Unamuno no llegó a ser tan directo y estructurado como cabría deducir de las afirmaciones del primer Unamuno. [14] La «sublime fuente de Hegel» (XI, 62) de que habla en 1898 no llega a transmitirle siquiera la terminología, y en *Amor y Pedagogía* se pone aún la trilogía hegeliana como tesis, antítesis y síntesis, que es el más socorrido y falso tópico de los manuales. La hipérbole de haber aprendido el alemán en «el estupendo Hegel» y de creerse que «en el fondo» su pensamiento era hegeliano (1901), no puede pasar de una ilusión o un autoengaño. Y aunque esa hipérbole haya servido para despistar a muchos, el hegelianismo de Unamuno hay que medirlo por la imposibilidad de meter a Kierkegaard y Hegel —tal como el mismo Unamuno los utiliza— en un mismo costal. Llamamos, pues, dialéctica a la pedagogía unamuniana en el sentido en que la determinación plural, que puede dar origen a las contradicciones, lo mismo puede resolverse en una Aufhebung real que quebrarse en polémica formal o dividirse en una desmembrada paradoja.

Toda la vida y escritos de Unamuno pueden verse como una gran obra de Pedagogía individual y social: educar hombres concretos mediante la labor de su cátedra, y educar a un pueblo, su «España universal y eterna», mediante la labor de publicista, de conferenciante y hombre público. A él le gustaba unir la Pedagogía con la Demagogia (sic!) para referirse a su obra total (III, 519). Hay dos destinaciones de la tarea educativa: formar individuos y elevar el nivel de la sociedad. «Hay aquí que cumplir una labor de pedagogía y otra que llamaría demagogia, si no tuviese este vocablo desde muy antiguo un sentido diversísimo» (III, 518). Unamuno piensa que no es cuestión de plantearse esa disyuntiva entre individuo y sociedad, cuando se trata del discurso pedagógico. Se trata del mismo discurso llevado a la vez en dos flancos. «Tengo mi cátedra, procuro en ella, no sólo enseñar la materia que me está encomendada, sino disciplinar y avivar las mentes de mis alumnos, obrar sobre cada uno de ellos, hacer obra pedagógica; pero no desperdicio la ocasión de hacerla demagógica, de dirigirme, ya por la pluma, ya de palabra, a muchedumbres, de predicar, que es para lo que acaso siento más vocación y más honda» (III, 519).

En este intento unamuniano hay un constante flujo y reflujo dialécticos entre el interior y el exterior, entre el actuar y el recibir, entre individuo y sociedad y entre naturaleza y cultura. «Yo y el mundo nos hacemos mutuamente.» El espíritu se naturaliza, se hace más él «saturándose de realidad externa», a la vez que la naturaleza se espiritualiza «saturándola de idealidad interna». Por lo mismo, «la sociedad es toda en todos y toda

[14] *Hasta 1908, según C. Morón Arroyo:* Unamuno y Hegel, *en* Miguel de Unamuno, *edición de A. Sánchez Barbudo. Taurus, 1980; pp. 151-179. A pesar de los indiscutibles méritos de este estudio de Morón Arroyo, el verdadero estudio sobre la presencia de Hegel en Unamuno está por hacer, y sería muy conveniente que se hiciera, al menos para contrarrestar algunos ensayos petulantes y frívolos que ven en el joven Unamuno un vicario de Hegel y Marx.*

en cada uno». De ahí que a Unamuno le importe mucho hacer «sentir en vivo, con honda comprensión, esta comunión entre nuestra conciencia y el mundo y cómo éste es obra nuestra como nosotros de él» (III, 472-479).

En este mutuo obrar y reobrar dialécticos es donde ha de situarse la concienciación educativa, en hacer ver y resaltar la necesidad de que la educación sepa liberar de la osificación y ahogo que las instituciones, las socializaciones y toda forma de objetivación, puedan provocar en la labor creativa del espíritu. Aquí cabría efectivamente hablar de un paralelismo hegeliano en las tareas del espíritu subjetivo y absoluto, frente al espíritu objetivo y objetivado, por el hecho de no ser éste dialéctico. Esta función se trasladaría a los vocablos de civilización y cultura. La vida engendrada por la cultura puede ser aplastada por la civilización. Lo institucionalizado, como normal acción y creación del espíritu, puede acabar en envaramiento y opresión del espíritu y finalmente en principio de muerte. «La letra que protege y encarna el espíritu naciente, le mata adulto.» La carne palpitante de la cultura puede morir bajo la caparazón institucionalizada de la civilización. «Al cabo de los siglos, la civilización oprime la cultura.» De continuo debemos aceptar el hermoso espectáculo de la ruina y derrumbamiento de las civilizaciones para que las «culturas interiores» vivan en libertad y sigan creando un mundo más condensado y más rico de vida espiritual. Así se va haciendo ininterrumpidamente el hombre nuevo, «el hecho eterno de la historia», hombre nuevo que es «la renovación de todos los hombres, porque todos cobran su espíritu», y que es siempre «un eslabón más en el penoso ascenso de la humanidad a la sobre-humanidad» (III, 478).

En este encuadramiento, que suena con acentos románticos y, a veces, nietzscheanos en Unamuno, se han de ir instalando otros datos concretos que él nos da sobre la razón educativa.

La educación es misión de entrega y de donación de sí mismo. Hasta la transmisión de contenidos externos debe estar transida de mismidad. El contenido dialéctico de esta entrega está en que cuanto más das, más eres. «El hecho es de que quien no trata de ser en los demás dejará de ser en sí mismo; quien no se esfuerce por imprimir su cuño en los demás, acabará por perderlo. No se conserva y acrecienta el espíritu sino dándolo; el que renuncia a influir en los que le rodean y a modificarlos a su imagen y semejanza, renuncia de hecho a conservarse tal cual es, como no sea en una verdadera petrificación espiritual» (III, 1011). El hecho de serse y el anhelo de ser más nos empuja a ganarnos dándonos. Unamuno razona que frente al Espíritu de Disolución que dice «vanidad de vanidades y todo vanidad» debe oponérsele el Espíritu de Creación que obedece a la necesidad de persistencia, al anhelo de extenderse en el espacio y en el tiempo, y que grita «plenitud de plenitudes y todo plenitud». Para realizar ese imperativo «vive cada uno en su descendencia, en todos y cada uno de los que derivan de él según la carne, y vive también en todos y cada uno de los que reciben los efluvios de su espíritu. Te trasmites todo y entero en todas y cada una de tus obras y de tus acciones; en un gesto va tu espíritu completo» (III, 760). En fin, «el modo de robustecer y acrecentar la propia personalidad es derramarla... El que está a la defensiva perece al cabo» (III, 954).

Como se ve, la razón discursiva que se dispara en esta dialéctica estriba en el ansia de inmortalidad, de perpetuarse, de engendrar o crear hijos espirituales, que Unamu-

no pone en paralelismo con los propios hijos de la sangre. «Siete hijos me ha dado Dios, y junto a ellos, los naturales o de la carne, tengo por ahí esparcidos por España, hijos del espíritu que serán los que digan lo mejor mío» (VII, 692). Unamuno espera todavía más de la continuidad en sus discípulos que en la que le puedan dar sus libros. «He escrito mucho en los años que llevo de vida..., pero puede ser que si bien mi nombre se salve, si es que salva, del olvido merced a esos mis escritos, mi espíritu o mejor dicho aquella parte del espíritu común que se me confío en depósito perdure vivo después de yo muerto, gracias a esa labor obscura y paciente, de pecho a pecho, gracias a mis discípulos por España y fuera de ella derramados» (IV, 922).

Las citas podrían multiplicarse indefinidamente. La misión socrática de Unamuno [15] llevaba en el meollo de su razón educativa, como unidad temática de toda su pedagogía, esa única cuestión. Eso significaba para él *dar vida* para seguir siendo él mismo, para no morirse del todo, para «hacerse un alma» como fin de la vida (XI, 869), es decir, realizar su obra y perdurar en ella, transtemporalizarse, o mejor, eternizarse.

V. La Vida, maestra de la vida

La antipedagogía unamuniana termina por ser una pedagogía vital, una apelación a la vida como suprema maestra. Toda ordenación de la formación y la docencia que viniera de arriba, dada teóricamente o a priori, es considerada como ordenancismo, enclaustramiento de la vida, embridamiento que falsea y desorienta el amor tanto en el pedagogo como en los educandos. «No he conocido nada tan dañoso a la verdadera educación, a la hominización, que eso que llaman pedagogía» (VII, 388). «Los niños adivinan que la pedagogía se ha hecho para arrebatarles la niñez» (V, 149). «Desde que esa hórrida pedantería que llaman pedagogía se metió en los juegos, éstos corren el riesgo de envilecerse» (X, 390). Unidos a este rechazo de la pedagogía, van el menosprecio y ridiculización de las Didácticas que, para Unamuno, son un falseado, inoperante y contraproducente didactismo. Como en su tiempo, al menos según él, la pedagogía era lo específico de las Escuelas Normales, y el núcleo de la misma se reducía a las didácticas, Unamuno va a razonar su desprecio por toda esa materia, que a su modo de ver no es materia específica alguna. Parece como si un gran asco interno barbotara de su interior, algo de su pasado se proyectara sobre el presente para teñirlo de envilecimiento y desdén. En las Escuelas Normales ingresaban «gran parte de los inválidos de cuerpo y de espíritu», y se acorazaban esgrimiendo el fantasma de la Pedagogía y las Didácticas.

A pesar de estos extremismos, reduccionismos y amputaciones, en los que parece que se crea al maniqueo para matar al maniqueo, es posible que la diatriba de Unamuno tenga hoy, todavía, algunos motivos de reflexión. Sobre todo, al menos, en la medida en que, según el dicho clásico, «a quien posea bien una cosa, no le faltarán nunca palabras y modos de explicarla». Dice Unamuno: «Y he oído a este respecto razonamientos tan especiosos y tan rebuscados como aquel de que no es lo mismo aprender una cosa

[15] Cfr. *Cruz Hernández, M.:* La misión socrática de Unamuno, *en* Cuadernos de la Cátedra de Don Miguel de Unamuno, *n.º III; pp. 41 y ss.*

para saberla que aprenderla para enseñarla... Siempre que oigo decir a alguien que sabe una ciencia o disciplina humana cualquiera, pero que no sabe enseñarla, lo pongo en cuarentena, pues tengo observado que el que no sabe enseñar algo es que en realidad no lo sabe bien» (VII, 716).

Un juicio de parejo desprecio y desaprobación le merece el intento pedagógico de mezclar el juego y la docencia, el «aprender jugando» a lo que dedica un «arabesco pedagógico» y el artículo titulado «Juego limpio». Todo ello viene a decir Unamuno, es falsear el juego y falsear la vida y falsear la docencia. Es necesario reaccionar contra esa «pedagogía perniciosa» que se empeña en simplificar las cosas, en facilitarlas indebidamente, olvidando u ocultando que el aprendizaje es un trabajo recio y duro, que exige austeridad, rigor, atención y dedicación. Aprender jugando es jugar a aprender y «el maestro que enseña jugando, juega a enseñar» (XI, 291). Todo ello es frivolidad y querer enmascarar el esfuerzo educativo y el esfuerzo para aprender. Es enmascarar el «heroico furor del magisterio» que debe mostrar la verdad entera no haciéndola ni más sencilla ni más simple de lo que es. Ese furor ha de ser pasión de enseñar, «que no es sino la pasión de aprender», y es a la vez, «el heroico furor de la disciplina o *discipulina* —pues magisterio dice a Maestro lo que disciplina dice a discípulo« (XI, 293). De lo contrario, la docencia peligra convertirse en un ejercicio de ciencia ficción y el maestro en un habitante de un mundo fantástico.

Estos datos y referencias nos indican la atención que Unamuno prestaba a temas concretos educativos. Sin embargo, para la buena conducción de estos temas, Unamuno buscaba, pedía y deseaba, como ya dijimos, *maestros,* no pedagogos (XI, 1105-1106). El nombre de maestro es humilde y sublime a la vez (IV, 924; 528-529; etc.). Pero la verdadera misión del maestro debe comenzar por el reconocimiento y aceptación de que la verdadera maestra es la vida, y conducir a los discípulos a que aprendan en ella, de ella y para ella.

Cuando en *Niebla* aparece de nuevo Don Avito, el personaje de *Amor y Pedagogía,* en diálogo con Augusto, el pedagogo desengañado y convertido susurra esta reflexión: «Enseña mucho la vida, y más la muerte; enseñan más, mucho más que la ciencia» (II, 868). Ante la extrañeza de Augusto, prosigue Don Avito: «La vida es la única maestra de la vida; no hay pedagogía que valga. Sólo se aprende a vivir viviendo, [16] y cada hombre tiene que recomenzar el aprendizaje de la vida de nuevo» (II, 869). Al margen de las novelas, en la docencia y discursos universitarios, Unamuno vertirá de mil modos esta misma doctrina. Este llamar a la vida y para la vida, se expresa a veces en un principio más amplio que podríamos llamar *principio de realidad.* «Tenéis que interrogar a la realidad misma que se abre liberal a quien la invoca.» Con mayor plenitud que en los libros, el legado de los siglos está en la realidad exterior y en la actualidad palpitante de la vida (VII, 495). Incluso en los libros abiertos, en su estudio, es preciso que se vea, a través de ellos, la vida. Lo definitivo y valioso no es cuánto se ha leído, sino cuánto se ha vivido (VII, 499). «Sumergíos, pues, en la vida... Comprenderéis que no cabe la realidad en fórmulas» (VII, 503).

[16] *La misma frase escribe Unamuno a Ortega en ¡1933! (O. C. X, 994).*

En esa lectura de la realidad y de la vida se aprenderá incluso el modo de leer en los libros. Y se aprenderá sobre todo que «el amor es metafísica» (II, 853) y cuánta razón unamuniana asistía al personaje Augusto Pérez, de *Niebla*, cuando afirmaba: *Amo, ergo sum!* (II, 837). La razón educativa es esto: lograr más plenitud de vida.

Pero justamente aquí, cuando parece que alcanzamos la conclusión, comenzarían los problemas si quisiéramos ver en plena coherencia el discurso pedagógico unamuniano. ¿No se mixtificará esta razón educativa con una oscura dosis de irracionalismo? Si educar es una invitación al pálpito de la vida, y se educa para tener más vida, ¿cómo y con cuál de las acciones se consigue mejor, por la excitación a la lucidez y a la verdad o por la prédica del consuelo y la inconsciencia? El Unamuno *excitator Hispaniae* dirá que la juventud necesita ser «metarritmizada» (III, 462), sacudida en sus más íntimas entrañas para empujarla a la lucha por la verdad antes que la paz personales (VI, 393-395); se le debe concienciar para que busque lo vivo en la verdad y así elevar su vida espiritual. Como ésta es la doctrina que pasa por ser la más propia del Unamuno agónico, y es suficientemente corroborada por casi todos sus escritos, no parece preciso insistir en más datos y citas.

> Dejar un grito, nada más que un grito,
> aquel del corazón cuando le quema
> metiéndosele el sol, pues no hay sistema
> que diga tanto... [17]

Pero, ¿cómo compaginar todo esto con las invitaciones al sueño de la vida, al consuelo en la inconsciencia, a la nesciencia incluso? ¿Cómo compaginar ese grito con la constancia de actitud y conducta de *San Manuel Bueno, mártir?* Un estudio pedagógico de esta novela sería sobremanera sorprendente. [18] El mismo Unamuno relaciona esta obra con *Amor y Pedagogía*, y ya vimos cómo también aquí se apela a la acción del Inconsciente y cómo al final se afirma que ha triunfado el amor. En *San Manuel Bueno, mártir*, también a Angela Carballino, la más amoroso discípula del párroco Don Manuel, y que da al relato una ternura desconocida en otras obras de Unamuno, «se

[17] Horas de insomnio, *en O. C. XIV, 844.*

[18] *Sería la Pedagogía del Unamuno «contemplativo», según la acuñación de Blanco Aguinaga, y para el cual habría que concebir un nuevo concepto de verdad y de vida. Entre los hechos de relación de San Manuel Bueno y el «maestro», cabría señalar la escena de la muerte. El* Maestro de Carrasqueda *hace que le lleven a morir a la Escuela, junto al encerado en el que había mandado escribir: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere lleva mucho fruto» (IX, 186).* San Manuel Bueno, mártir *pide que le lleven a morir a la Iglesia donde en mínimo y último sermón les dice: «Sed buenos, que esto basta». La muerte le adviene cuando el pueblo está rezando la frase del Credo: creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable. Y el relato añade: «Y no hubo que cerrarle los ojos, porque murió con ellos cerrados» (XVI, 618). Un estudio amplio de esta novela puede verse en González Alcalde, Eduardo:* Semiótica e Ideología en la novela San Manuel Bueno, mártir, *Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, 1982. El encuadramiento del tema aquí postulado habría de partir de lo que en este estudio se analiza como: «La vida: credo filosófico de Don Manuel» (p. 287 y ss.). O de la frase misma que San Manuel decía: «El contentamiento de vivir es lo primero de todo» (XVI, 592). Sobre la bibliografía acerca de esta novela, puede verse también esa Tesis citada, donde se recoge de modo casi exhaustivo la existente hasta 1981. Ello no obsta para que también se deba poner de relieve el estudio de Blanco Aguinaga, de 1961,* Sobre la complejidad de San Manuel Bueno, mártir, *en* Miguel de Unamuno *(Edic. de A. Sánchez Barbudo,* o. c.); *pp. 273-296.*

le atragantó la pedagogía» cuando intentó hacer la carrera de maestra, y hubo de cambiar su proyecto de vida. [19] En cambio, aprendió perfectísimamente las lecciones de sabiduría y conducta de su guía San Manuel. Con ellas hasta pudo elevarse a formular una interpretación de la fe y vida de su director espiritual, más allá de lo que él pensaba de sí mismo. No es el lugar de aducir aquí otros datos, pues ello obligaría a salirnos del esquema propuesto para nuestro desarrollo. Pero al constatar esos dos polos de la razón educativa unamuniana, parece que se debe hacer una distinción en la doctrina que nunca quiso distinguir sino confundir. La razón educativa es única: agrandar la vida, capacitar para vivirla con la mayor amplitud y riqueza posibles, densificarla y hacerla más plena de dicha y esperanza. No es preciso acudir aquí a la dualidad unamuniana de razón y sentimiento, porque ambos piden y anhelan esa plenitud. La dualidad aparece en la aplicación de esa razón a las distintas clases o niveles de personas sobre las que ha de recaer su acción: las que son capaces de captar, recibir y absorber el mensaje agonístico entre misterio y lucidez y aquellas que acunadas y endormecidas en el seno de una fe incuestionada serían incapaces de soportar la duda agonística sin morir interiormente, por no tener otros agarraderos de atenimiento ante la vida. Los polos serían entonces éstos: vivir en la lucha por la claridad y verdad o vivir en la inconsciencia por el consuelo del ensueño o del engaño. En ambos caminos queda siempre entreabierta la puerta hacia el hito de la vida «eterna»: Hacerse un alma o anegarse en el sosiego de lo siempre igual. O lo que es lo mismo: Despertar a los que no deben dormir sino vivir en vigilia y arrullar en el sueño del consuelo a los que no pueden vivir más que en la paz de las aguas del lago de Valverde de Lucena...

Sin embargo, ¿no será esto unificar demasiado la pluralidad de acentos y ecos de la tensión teórica unamuniana?

Ramiro Flórez

[19] San Manuel Bueno, mártir, *en O. C. XVI, 584. A nuestro Don Manuel, dice Angela Carballino, «todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras»* (Ibid., *584).*